

nos probable. Los milagros son hechos apoyados en testimonios, y estas son las pruebas que es preciso discutir; en este terreno, los apologistas se dan aires de triunfo, á pesar de haberse encontrado en el siglo XVIII con adversarios temibles: *Hume*, el escéptico inglés, les opone desde luego un "no há lugar". ¿Cuándo se han verificado los milagros? En la infancia de los pueblos, cuando todo parecía maravilloso y el espíritu humano estaba dispuesto á creer lo imposible; leyendo la historia del origen de las naciones se cree uno transportado á un mundo imaginario; las leyes de la naturaleza son allí ignoradas, y todo lo que sucede, incluso los hechos más ordinarios de la vida, se atribuye á causas sobrenaturales. Todo es prodigioso, y, á medida que se aproximan los siglos en que la ciencia hace conocer la naturaleza, los milagros disminuyen y acaban por cesar enteramente; es extraño, se dice, que no sucedan semejantes prodigios en nuestros días; no, no es extraño, responde *Hume*: es que nosotros no somos ya niños; la naturaleza es la misma, solamente que la credulidad y la ignorancia han dejado su lugar al estudio y á la observación; si los hombres hubieran escuchado siempre á su razón, no sabríamos lo que es un milagro (1).

El hecho señalado por *Hume* es incontestable y de mucho peso, digan lo que quieran los ortodoxos. Trátase, en efecto, de establecer el modo de acción del gobierno providencial; si Dios interviene por vía de milagro, esa intervención debe ser un hecho constante; lejos de esto, no se encuentran prodigios sino en la cuna de la humanidad. Ábramos la historia más maravillosa, la del pueblo de Dios: sus primeros anales son un milagro continuado. Moisés affige al Egipto con plagas sobrenaturales; Josué detiene el sol en medio de su carrera; hay murallas que caen á son de corneta y jumentos que hablan; todo esto pasa en los tiempos fabulosos; pero cuando la luz de la historia reemplaza á la tradición, los milagros disminuyen y luego cesan: lo que pasa entre los Judíos, dice *Voltaire*, se repite entre todos los pueblos de la tierra; se comienza por milagros y se acaba por cosas puramente humanas; cuanto más se perfeccionan las ciencias menos prodigios hay (2).

(1) HUME, *Ensayos filosóficos*, x (*Obras filosóficas*, t. II, p. 25).
(2) VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, palabra Milagros, sec. 3.^a (tomo XXXVII, p. 307).

Si en los tiempos modernos se mantiene todavía la creencia de los milagros, es porque hay una parte de la sociedad en que la luz no penetra nunca. El milagro de San Pantaleón se hacía todavía en tiempo de *Voltaire*; oigamos lo que decía el gran satírico con este motivo: "Arzobispos de Nápoles, tiempo vendrá en que la sangre de ese señor San Pantaleón no bullirá cuando se la acerque á su cabeza; los nobles Napolitanos y la clase media sabrán lo suficiente dentro de algunos siglos para comprender que Dios no cambia las leyes que ha dado á la naturaleza, y que esas vueltas y revueltas son absolutamente inútiles á la prosperidad del reino y al bienestar de los ciudadanos; y cuando esas nociones pasen de los nobles á los ciudadanos y de éstos á la porción de pueblo que es capaz de razón, entonces se verá en Nápoles lo que se vió en la pequeña ciudad de *Egnatia*, en la cual, y en el tiempo de Horacio, ardía el incienso por sí solo sin que se le acercase fuego, y Horacio convirtió el milagro en ridículo, y no se verificó otra vez. Cuando la razón llega, los milagros se van," (1).

Voltaire aplazaba la caída de las supersticiones algunos siglos; por desgracia hay una corporación que está interesada en cultivar la credulidad humana, porque esa es la base más sólida de su dominación. Los celosos han tratado de responder á los filósofos con hechos, fabricando milagros en pleno siglo XIX; sabido es cómo lo han conseguido. Los más prudentes se contentan con decir que si Dios no hace más milagros, es porque sin duda son inútiles; *Bergier* dice que los milagros fueron necesarios para establecer y propagar la verdadera religión; pero ahora que se practica el cristianismo en el mundo entero no tenemos necesidad de señales. Hay doctores, responde *Voltaire*, que pretenden que nosotros tenemos más necesidad de ellos que nunca; ¿no está la Iglesia reducida al estado más deplorable? "Anulada en el Asia y en Africa, esclava en Grecia, desgarrada en el resto de la Europa, repartida en más de veinte sectas que se combaten, demasiado espléndida en algunos Estados, demasiado envilecida en otros, se encuentra sumergida en el lujo ó en el fango; la nobleza la deshonor, la incredulidad la escarnece; es objeto de envidia ó de piedad; clama al cielo:

(1) VOLTAIRE, *Conformados con los tiempos* (*Jocosidades*, *Obras*, t. XLI, p. 545).

Restablecedme como me habéis producido; pide milagros como Raquel pedía sus hijos; esos milagros no eran más necesarios cuando Jesús enseñaba y persuadía que hoy que nuestros pastores enseñan y no persuaden," (1).

Si, si la divina sabiduría ha creído deber hacer milagros para fundar el cristianismo, debería hacerles también para salvarle de su ruina; hablamos del cristianismo tradicional que descansa en el milagro, que se prueba por milagros y que cae cuando desaparece la creencia de los milagros; y ¿por qué se pierde esa creencia? Porque la ciencia moderna hace constar que el universo se rige por leyes constantes, generales, simples y armónicas. Desde que Kepler, Galileo, Descartes, Newton, Leibnitz, Cuvier, Geoffroy Saint-Hilaire y sus innumerables discípulos estudian la creación, no han descubierto un solo milagro en el sentido cristiano; pero han descubierto la mayor de las maravillas: "Que las leyes de nuestro mundo son las leyes de todos los mundos, y que el universo entero tiende á la unidad," (2). ¿Qué son ante ese magnífico espectáculo los pequeños prodigios que el Dios de los cristianos opera en un reducido rincón de nuestro pequeño globo para certificar la verdad del más imposible de los milagros, del Ser Eterno que se hace hombre? Para una religión cuya esencia es un milagro imposible eran necesarios prodigios igualmente imposibles; para la religión de la naturaleza basta con la naturaleza; la revelación natural progresiva triunfa sobre la revelación sobrenatural tanto como la ciencia moderna sobre la superstición de los antiguos.

II

¿Qué importa, responden los apologistas, que Dios no haga ya milagros? ¿Quién osará preguntar á la eterna Sabiduría por qué no los hace ya? Esas vanas objeciones de los incrédulos no son más que escapatórias; retroceden ante la discusión. El verdadero debate es cuestión de hechos: ¿hay ó no hay milagros? Un apologista del siglo XVIII, el abate *Houtteville*, se propone probar la revelación por hechos; siempre se puede responder á ra-

zonamientos, aunque no sea más que con malas razones; á un hecho no hay nada que responder, es una demostración evidente, luego el cristianismo se apoya en hechos que son los milagros; y como ellos atestiguan que es Dios el que habla en el Evangelio, tenemos que creer todo lo que nos enseña en él; pues bien, los milagros se prueban con el mismo grado de certidumbre que todos los acontecimientos de la historia; si se niegan los milagros, es preciso negar igualmente los hechos narrados por los historiadores; y ¿á qué conduciría este procedimiento? Al escepticismo universal y absoluto (1).

Un filósofo inglés, y con él los librepensadores de Francia, se encargan de responder á esta invencible demostración. *Hume* dice, y con razón, que hay una diferencia enorme entre los hechos contados por los historiadores y los milagros: los primeros son acontecimientos naturales, como los que pasan diariamente ante nuestra vista, y por esta razón prestamos fe á los que los testifican; no sucede lo mismo con los milagros, en los cuales la referencia de los testigos está en oposición con la experiencia universal: las leyes de la naturaleza son constantes, generales, según la ciencia, que nunca ha encontrado ninguna de esas excepciones sobrenaturales que se llaman milagros; hay, pues, choque de dos órdenes de testimonios: el uno, que nosotros podemos verificar, nos enseña que la naturaleza obedece á leyes invariables; el otro, que no podemos verificar, pretende que esas leyes están interrumpidas por violaciones y excepciones, si se quiere; el primer testimonio contrapesa al menos al segundo, si es que no le destruye (2). *Diderot* tenía, pues, razón en decir: "Yo creería sin trabajo á un hombre honrado que me anunciara que el emperador acababa de obtener una victoria completa sobre los aliados; pero si todo *Faris* me asegurase que acababa de resucitar un muerto en *Passy*, no lo creería," (3). Y *Voltaire* añade: "Dícese que, si todo París ha visto resucitar á un muerto, se debe tener de ello la misma certidumbre que cuando todos los oficiales de *Fontenoi* asegurasen que habían ganado una batalla; pero con respeto

(1) VOLTAIRE, *Cuestiones sobre los milagros* (*Obras*, t. XLI, página 315).

(2) EMILIO SAISSET, en la *Revista de los Dos Mundos*, 1882, tomo II, p. 848.

(1) HOUTTEVILLE, *la Religión probada por hechos*. Discurso histórico, p. 247, y t. I, p. 19-24, 91, de la edición en 4.^o

(2) HUME, *Ensayo sobre los milagros*, t. II, p. 13 y siguientes.

(3) DIDEROT, *Pensamientos filosóficos*, XLVI (*Obras*, t. I, página 119).

sea dicho, mil personas que me cuentan una cosa improbable no me inspiran la misma certidumbre que otras mil que me digan una cosa probable, y persisto en pensar que cien mil personas que hayan visto resucitar un muerto podrían muy bien ser cien mil personas alucinadas,, (1).

En realidad, no hay acontecimiento milagroso que esté establecido con perfecta evidencia: "No se halla, dice Hume, un solo milagro testificado por suficiente número de testigos de buen sentido y de saber bastante generalmente reconocido para que podamos asegurarnos contra las ilusiones que hubieran podido hacerse, por testigos de una integridad bastante incontestable para ponerles por cima de toda sospecha de impostura, de una reputación bastante acreditada á los ojos de sus contemporáneos por tener mucho que perder en el caso de que fuesen convencidos de falsedad, y cuyo testimonio, al mismo tiempo, verse sobre hechos ocurridos de una manera bastante pública y en una parte del mundo bastante célebre para que no hubiera podido menos de descubrirse la superchería,, (2).

No faltaron respuestas á este duro ataque; pero, como de costumbre, los que toman la defensa de lo sobrenatural comprometen lo sobrenatural que quieren defender. Según los escritores cristianos, los testigos que refieren los milagros de Cristo reúnen todas las condiciones que se pueden exigir para que haga fe su testimonio: son numerosos y son contemporáneos, según Leland (3); y cuando se pregunta á los apologistas dónde están esos testigos contemporáneos tan numerosos, citan, desde luego, á los discípulos de Jesucristo, á los apóstoles y á los evangelistas. De los apóstoles no quedan más que algunas epístolas, de las cuales muchas no son auténticas; en cuanto á los Evangelios, no se sabe dónde ni cuándo ni por quién fueron escritos, y de todos estos pretendidos testigos no hay uno solo que dudase haber visto los milagros de Jesucristo; sus testimonios no son, pues, declaraciones propiamente dichas, son de oídas, lo cual se llama en derecho de voz pública, la más peligrosa de las pruebas, porque es la más vaga; henos

(1) VOLTAIRE, Carta del 28 de Diciembre de 1755 á d'Alembert (Obras, t. LXX, p. 15).

(2) HUME, Ensayo sobre los milagros (Obras Filosóficas, t. II, página 67).

(3) LELAND, A defence of christianity, tomo II, página 110 y siguientes.

aquí lejos, muy lejos, de los testigos numerosos y contemporáneos.

Abbadie ha dado otro giro á su apología; son contemporáneos, dice, que hablan á contemporáneos de lo que ha pasado á la vista y á sabiendas de todo el mundo; ¿se concibe que nos hayan vendido fábulas ó mentiras? Aplica este razonamiento tanto á los milagros del Antiguo Testamento como al Nuevo; este es su argumento favorito; le reproduce á cada instante, y triunfa con él (1). ¡Ay! es el triunfo de la fe, de la ilusión, de la ceguedad. Supónese, desde luego, que los escritores sagrados fueron contemporáneos de los acontecimientos que cuentan, lo cual es una contravedad para Moisés lo mismo que para los evangelistas, y con la suposición se viene abajo toda la máquina. Escuchemos á Voltaire: "¿Se concibe bien, dice el declamador y mal razonador Abbadie, que Moisés hubiera podido instituir anales sensibles de un acontecimiento reconocido por falso por más de seiscientos mil testigos? ¡Pobre hombre! Debias decir por dos millones de testigos, porque seiscientos treinta mil combatientes suponen seguramente más de dos millones de personas. ¡Tú dices, pues, que Moisés leyó su Pentateuco á esos dos ó tres millones de Judíos! ¡Tú crees, pues, que esos dos ó tres millones de hombres hubiesen escrito contra Moisés si hubieran descubierto algún error en su Pentateuco, y que hubiesen hecho insertar sus observaciones en los periódicos del país! No te falta más que decir que esos tres millones de hombres han firmado como testigos y que tú has visto sus firmas,, (2).

Los testigos, aunque fueron numerosos y contemporáneos, no merecían ningún crédito, aun cuando depusieran de lo que habían visto; esto alborota á los apologistas, y acusan á los incrédulos de calumniar el carácter de los discípulos de Cristo; no nos paremos en palabras y razonemos; nosotros admitimos que todos los apóstoles fuesen santos varones, pero lo recusamos precisamente por su santidad, es decir, por causa de su fe; Hume dice que los hombres, animados por el entusiasmo de la religión, llegan hasta imaginar que ven lo que no ven y aun lo que no tiene realidad algu-

(1) ABBADIE, Tratado de la verdad de la religión cristiana, tomo II, p. 156.

(2) VOLTAIRE, Examen importante de milord Bolingbroke, c. II (Obras, t. XXX, p. 145).

na (1); nada más verdadero: no hay más que abrir los Evangelios para convencerse de ello; ¿cuáles son los milagros habituales de Cristo? Expulsa los demonios y da á sus apóstoles la misión de expulsarlos; supongamos que los apóstoles atestiguan que han visto á su Maestro sacar una legión de diablos del cuerpo de dos poseídos y enviarles á una manada de cerdos; ¿sería preciso darles crédito? Si la cuestión fuera llevada ante jurados que tuvieran el uso de los cinco sentidos, responderían que se debería enviar á los testigos á la casa de orates; el diablo representa un gran papel en los Evangelios; tienta á Jesus, lo trasporta á una montaña y le ofrece los reinos de este mundo del cual es señor y dueño: ¿qué pensar de testigos que quieren decir que han visto á Satanás trasportando á Cristo á través de los aires? El diablo es un sér quimérico; luego los testigos que atestiguan sus hechos han visto lo que no existía, como dice Hume, lo que no tenía realidad más que en su imaginación, pues todos esos testimonios no prueban más que una cosa, la credulidad de la fe.

La buena fe de los apóstoles es la que, según Abbadie, forma una prueba invencible de la revelación: ellos no han podido creer en Jesucristo, dice, sin creer en sus milagros, y los milagros los han visto y palpado (2). Siempre la misma ilusión fundada en suposiciones imaginarias; ¿quién ha enseñado á los apologistas que los apóstoles han visto y tocado los milagros? Los evangelistas. ¿Y quiénes son esos evangelistas? Se ignora; pero supongamos que sean apóstoles ó discípulos de los apóstoles; su buena fe viene de su credulidad; ¿debe darse crédito á testigos dispuestos á creerlo todo, hasta lo imposible? Sabemos por la Escritura que los discípulos de Cristo, todos sin excepción, creían en el fin próximo del mundo; esta creencia la debían, decían al ménos deberla, á Jesucristo; hé aquí un testimonio que no puede ser más preciso; pero ¿hay por eso que convenir con Abbadie en que forma una prueba invencible del fin del mundo? Hay un apóstol, y uno de los principales, que creía en un reinado de mil años de Jesucristo en esta tierra; ¿llegan á ser por eso verdad los sueños apocalípticos de San Juan? Cuando la fe hace

creer las cosas más increíbles, ¿qué autoridad pueden tener los testimonios que descansan en esa frágil base?

Podríamos citar á millares hechos en apoyo de lo que decimos de la ilusión de la fe; uno solo bastará para nuestro fin: sabido es el ruido que hicieron los jansenistas en el siglo XVII con el milagro de la santa espina; los jesuitas se mofaron de él, y la posteridad es de su opinión; sin embargo, entre los hombres que dieron crédito á ese pretendido milagro se encuentra Pascal; no se dirá que los apóstoles eran superiores á él: matemático desde la cuna, pensador profundo y pensador de genio, por sus primeros estudios estaba poco dispuesto á creer en quimeras; pero desde el momento que se entregó de lleno á la religión, la fe oscureció su inteligencia hasta un punto que llegó á ser tan crédulo como un niño. ¿Creeríamos el milagro de la santa espina por el testimonio de Pascal? Y si le desecháramos, á pesar de su alta autoridad, ¿por qué hemos de creer en los prodigios del Evangelio que están atestiguados por Pascales?

Hume hace una observación muy justa sobre los milagros que rodean los orígenes del cristianismo; y es que en el momento en que se establecen las religiones, todo lo que las concierne pasa en la sombra, tanto los hechos reales como los prodigios, por la sencilla razón de que solamente los creyentes se interesan en ella, y son pocos los fieles; todo toma un color maravilloso á los ojos de los que están animados del entusiasmo de la fe; ¿quién vigila sus relatos? ¿Quién toma conocimiento de ellos? Nadie; eso es tan verdad que pasaron siglos después de la venida de Cristo, y los hombres que por gusto ó profesion se ocupaban de creencias religiosas ignoraban hasta el nombre de Jesus y no tenían ninguna noticia de su doctrina; Séneca y Plutarco estuvieron en una ignorancia completa, y Marco Aurelio, que persiguió á los cristianos, no sabía nada de ellos sino su obstinación. Los testimonios de los escritores sagrados pierden todo su valor; son sectarios que alaban su secta.

III.

Los libres pensadores observan que Jesucristo no hace nunca milagros delante de los fariseos; sin embargo, los Judíos no cesan de pedirselo:

(1) HUME, Ensayo sobre los milagros (Obras, t. II, p. 19).

(2) ABBADIE, Tratado de la verdad de la religión cristiana, tomo II, p. 123.

¿por qué, pues, no los hace en presencia de los que dudaban de su poder? Los incrédulos responden que como los fariseos no creían en Cristo, el Hijo del Hombre no podía operar milagros cuando estaban presentes; lo que equivale á decir que para ver milagros es preciso creer de antemano en ellos, ó, si se quiere, que la duda de los espectadores paraliza la virtud milagrosa del taumaturgo, casi como las experiencias magnéticas, que no se consiguen más que enfrente de los que tienen fe en el magnetismo (1). Al querer los apologistas explicar la conducta de Dios, no hacen más que confirmar las sospechas injuriosas de sus enemigos. Rousseau dice que Cristo hubiera debido hacer milagros cerca de aquellos que no tuvieran fe: ¿no era este el medio mejor de darles la fe sin la cual no hay salvación? No, responde Bergier. Si el Hijo de Dios se negó á hacer milagros cuando los fariseos se los pedían, fué porque no quería que sus milagros fuesen inútiles (2). ¿Por qué inútiles? Pues qué, ¿no esperaban los Judíos un Mesías? Y ese profeta de los profetas, ¿no debía atestiguar su misión por medio de prodigios más sorprendentes que los de Moisés? ¿Se necesitaban, pues, milagros para convencer á los fariseos? ¿Temía Jesucristo que persistiesen en su credulidad, á despecho de los prodigios que operaba? Ese temor no habría sido fundado, si sus milagros hubiesen sido realmente tales como los Evangelios los refieren. Que se dé al más incrédulo la prueba de que Lázaro esté muerto y que despues resucite Lázaro, y veremos si el incrédulo no se siente quebrantado. No queda más que una explicación á la negativa que Jesús dió á los fariseos, y es que es precisa la fe para operar milagros y para creer en ellos; semejantes milagros, si milagros hay, no pueden invocarse como prueba de la revelación, porque las pruebas se dirigen á los que dudan; si es precisa la fe para creer en los milagros, no se puede decir que los milagros son fundamento; en ese sentido es verdad que los milagros hubiesen sido inútiles para los fariseos, pero entonces también lo son para nosotros.

Los apologistas conocen la gravedad de la objeción, y procuran responder diciendo que los Ju-

(1) FRÉRET, *Exámen crítico del Nuevo Testamento* (Obras, tomo II, p. 184).

(2) BERGIER, *el Deísmo refutado*, t. II, p. 142.

dios no negaban los milagros de Jesucristo, y confesaban, por el contrario, que sacaba los demonios. Aquí el abate Houtteville exclama que los hechos están reconocidos por aquellos que tenían interés en disputarlos: ¿puede haber una prueba más demostrativa de la verdad de los milagros, y, por consiguiente, de la revelación? (1). ¡Desgraciado apologista! Cree establecer de un modo invencible los fundamentos de la religión cristiana, y pone de manifiesto su ineficacia. Los Judíos creían en los milagros; ¿quién lo dice? Los evangelistas; pero para conocer los sentimientos de los Judíos se necesitarian testimonios emanados de los Judíos; ahora bien, lo que nosotros sabemos es que, á pesar de los prodigios en los cuales se dice que creían, ellos crucificaron á Cristo: los milagros no eran á sus ojos verdaderas pruebas. Los fariseos confesaban que Jesucristo sacaba los demonios. ¿Si creían en los demonios, su credulidad atestigua su ignorancia y su estupidez, y tendríamos por prueba de la revelación la imbecilidad humana! ¿Los poseídos no eran más que enfermos? En ese caso deja de ser milagrosa su curación; y aun cuando la fe hubiera desempeñado un papel en ella, se comprende perfectamente que los Judíos se hayan negado á ver el Mesías en un simple exorcista. ¿Se quiere decir que los Judíos han creído en todos los milagros de Cristo, y, sin embargo, se han obstinado en su incredulidad? Tal es, en efecto, la opinión de los apologistas; pero por de pronto, la defensa compromete la revelación en lugar de probarla.

No, dicen los incrédulos, los Judíos no han creído en los milagros de Cristo; sería más verdadero decir que los han ignorado. Los libres pensadores invocan el silencio de los doctores judíos, principalmente Philon, filósofo platónico, que vivía en Alejandría en la época en que Jesucristo y los apóstoles predicaban en la Judea y operaban los milagros referidos en los Evangelios; había relaciones activas entre Alejandría y Jerusalén, y los acontecimientos un poco notables que acaecían en la Palestina eran ciertamente conocidos en la capital de Egipto; á mayor abundamiento, los prodigios estrepitosos que señalaron la vida y muerte de Jesucristo no podían quedar ignorados de los

(1) HOUTTEVILLE, *la Religión probada por los hechos*, t. I, página 143.

Judíos de Alejandría. ¡Un hombre que se dice el Mesías, que resucita muertos, que es crucificado, que sale de su tumba y sube al cielo no había de haber sido conocido de Alejandría, cuando el cielo y la tierra atestiguaban su omnipotencia! Encuéntrase á la sazón en Alejandría un Judío que pasa su vida entera en filosofar sobre la religión, sobre el mosaísmo, y ¡no había de saber nada de Cristo, ni siquiera el nombre! Si los Judíos habían sido testigos de los milagros referidos por los Evangelios, sería preciso otro milagro para explicar el silencio de Philon.

Los libres pensadores dicen otro tanto de Josefo, el historiador judío, que vivía en el país donde Jesucristo acababa de morir y resucitar, en medio de prodigios inusitados; era contemporáneo de los apóstoles, y podía haberles oído hablar las lenguas extranjeras y ver los milagros que hacían. Josefo escribe la historia de su nación; habla con un detalle infinito de todos los acontecimientos un poco considerables; trata de todas las sectas que existían entre los Judíos; hace mención de los fanáticos que han fundado las nuevas, y no dice una palabra de Jesucristo ni de sus discípulos, ni de temblor de tierra, ni de eclipse, ni de muertos que salen de sus tumbas, ni de trastorno de la naturaleza, que se conmueve, por decirlo así, cuando el Hijo de Dios sufre el último suplicio (1).

Sabido es cómo los cristianos han salido de ese cruel apuro: interpolando ó falsificando la historia de Josefo por medio de un crimen, el más vergonzoso de todos, es como se han procurado el testimonio de un Judío. ¡La revelación apoyándose en un falso! Es tan grave el hecho y sus consecuencias son tan funestas para la religión cristiana, que los apologistas han hecho lo imposible por establecer la autenticidad del famoso pasaje, en que se hace decir al historiador judío que Jesús era Cristo y que resucitó tres días despues de su muerte. ¡Vanos esfuerzos! Cuanto más se esfuerzan en probar que el pasaje es auténtico, tanto más se revela la falsedad, juntamente con la impostura que á ella se agrega. No hay quien tome la defensa de la falsificación más que los que están interesados en sostenerla; para los que quieren servirse de sus ojos para ver, es más claro que la luz del día que

los cristianos han fabricado una prueba en favor de su revelación. Nunca aprovecha el crimen al culpable; el falso ha venido á ser un testigo en contra, como una marca de impostura impresa sobre una religión que se dice divina.

Han hecho bien los cristianos en falsificar los escritos: un hecho cierto hay, puesto que persiste hasta nuestros días: es la incredulidad de los Judíos en presencia de los milagros operados por Jesucristo; esa incredulidad es una arma terrible en manos de los libres pensadores: "Se concibe, dicen, que se encuentren hombres tan simples que puedan imaginarse haber visto milagros que no han visto realmente; pero no es concebible que los haya tan embrutecidos que no se conviertan ante prodigios tan deslumbrantes como los que refieren los evangelistas. Sucedia todo esto, segun los evangelistas, para que se cumpliese la profecía de Isaías: *Mirarán y no verán, escucharán y no oirán*. Esta profecía se ha efectuado ciertamente en el tiempo del Mesías: los Evangelios nos presentan á los Judíos como una especie de hombres que, literalmente, no veían con los ojos, ni oían con las orejas, y que no pensaban ni sentían como los demás hombres," (1). La incredulidad de los Judíos es un milagro mayor que los que Jesucristo operaba en medio de ellos. ¿No podría probar eso que semejantes prodigios no existían más que en la imaginación exaltada de los primeros fieles?

Los apologistas han intentado explicar la incredulidad de los Judíos; pero ¡con qué explicaciones! Los profetas, dicen, habían predicado la incredulidad de los Judíos (2); pero como las profecías son también un milagro, es un milagro, pues, el que debe dar la clave de otro milagro; además, recurren á vulgaridades como son que los Judíos no han creído por orgullo, por obstinación y por apego á la ley de Moisés (3). Todo esto sería admisible, si Jesucristo no hubiera atestiguado su misión por medio de los más extraños milagros; comparemos los hechos, tal como los cristianos los cuentan, con la incredulidad de los Judíos: Jesucristo se dice Hijo de Dios, y prueba su divinidad con una serie de milagros coronados por su

(1) FRÉRET, *Exámen crítico del Nuevo Testamento* (Obras, tomo II, p. 189); — *Reflexiones imparciales sobre los Evangelios*, p. 52.

(2) GRIFFET, *La insuficiencia de la religión cristiana*, t. I, páginas 325-328.

(3) HOUTTEVILLE, *La religión cristiana probada por los hechos*, t. III, p. 21 y siguientes.

(1) FRÉRET, *Exámen crítico del Nuevo Testamento* (Obras, tomo II, p. 191-194).

resurrección y su ascensión. ¡Los Judíos son testigos: sienten temblar la tierra, ven oscurecerse el sol y salir de su sepulcro á los muertos, y no caen á los piés de Cristo! Léjos de eso, le crucifican y no creen en él áun despues de resucitado. Los hombres negándose á creer en Dios y matándole. Hay que exclamar: ¡prodigio! pero prodigio de majadería.

El testimonio de los Judíos es el gran argumento de los libres pensadores contra los milagros. Sí, dicen, los Judíos son testigos, pero testigos de cargo. Los milagros prueban demasiado; luego no prueban nada ó prueban contra los que los invocan; esto sucede con todos los milagros, tanto con los de Moises como con los de Cristo; á creer en la Biblia, Moises habia tenido el poder de trastornar los elementos, de descomponer la naturaleza; y operando todos esos prodigios, no llegó á conmover el corazón ni á persuadir el espíritu de aquellos mismos que eran testigos de ellos. Si esos milagros hubieran sido reales, habrían debido, si no convencer, al ménos dominar á los Israelitas, porque Dios no emplea medios por los cuales sabe que no va á llegar á sus fines; pues bien, á pesar de los milagros hechos, como dicen los apologistas, en presencia de seiscientos mil testigos, los Israelitas caen á cada paso en la idolatría; no son los milagros de Moises y Josué los que los han convertido al verdadero Dios, sino el destierro de Babilonia; llegamos á la conclusión de que esos pretendidos prodigios no han existido nunca más que en la imaginación de los que los refieren (1).

Voltaire dice de los milagros de Cristo lo que Freret de los del Antiguo Testamento. Cuentan los evangelistas que el bautismo de Cristo se verificó delante de la muchedumbre, y que en el momento en que salía del agua descendió sobre su cabeza la tercera persona de la Trinidad bajo forma de paloma; el cielo se abrió, y Dios dijo públicamente al pueblo: "Este es mi muy amado Hijo en quien yo me he complacido." ¿Se concibe que se pueda resistir á señales tan divinas y tan públicas? Si hubiesen sido reales, los hombres se habrían prosternado ante el Hijo de Dios con un silencio de adoración (2); sin embargo, sucedió todo lo contrario; los Judíos permanecieron incrédulos, y los

(1) FRÉRET, *Carta de Trasibulo á Leucippe* (Obras, t. II, p. 71).
(2) VOLTAIRE, *Cuestiones sobre los milagros* (Obras, t. XLI, página 300).

Romanos no creyeron más que ellos; se predicó la buena nueva por espacio de cuatro siglos, y el imperio romano permaneció siempre pagano; convenimos en que es muy singular el gobierno providencial que los cristianos han imaginado. ¡Dios, desde lo alto de su eternidad, ha decidido intervenir en las leyes de la naturaleza para convencer á los pueblos de la divinidad de Cristo, y no logra convencer á los pueblos, ni siquiera al pueblo de Dios!

El abate Houtteville confiesa que, á pesar de los signos y los milagros, no ha creído en Jesucristo la mayor parte del universo: á excepcion de un reducido número de cristianos, dice, los hechos del Evangelio estuvieron condenados mucho tiempo á no encontrar más que incrédulos; *incrédulidad* no es la palabra propia, es preciso decir *ignorancia*. El mundo romano ignoró los milagros de Cristo: ¡qué arma tan formidable para los libres pensadores! Freret supone á un filósofo del primer siglo discutiendo con un Judío convertido: "Los milagros de que me habláis, dice, son nuevos para mí y no deberían serlo para nadie; hace muy poco tiempo que vivió Cristo; ¿podeis concebir que en una provincia del imperio, tan frecuentada como la Palestina, hayan pasado cosas tan extraordinarias durante tres ó cuatro años seguidos, sin que se haya oído decir de ellas la menor palabra? Tenemos un gobernador y una guarnición en Jersalen, la Judea toda está llena de Romanos, y en este país no se ha sabido que Jesucristo estuviese en el mundo. Vosotros mismos decís que nuestros soldados fueron testigos de los milagros inusitados que se efectuaron á la muerte y á la resurrección de vuestro maestro; de ese temblor de tierra, de esas densas tinieblas que oscurecieron el sol durante tres horas; de ese ángel que bajó del cielo con el ruido y la luz del relámpago para abrir el sepulcro de Cristo, ¡y pretendéis que esos soldados no se convirtieron! Mas aún: ¿es preciso añadir que ni siquiera se habló de esos prodigios, puesto que en Roma se ignoraban! Creedme, si vuestro Mesías hubiera hecho tan sólo la menor parte de esos milagros que le atribuis, desde luego hubieran sido informados el emperador y el senado, y ese hombre divino habria sido el objeto de todas nuestras conversaciones y de la admiración universal; sin embargo, aún es desconocido por todo el mundo; hasta los Judíos le miran como un im-

postor; convenid en que ha sido preciso un milagro mucho mayor que todos los de Jesucristo para envolver en la oscuridad una historia, como suponeis, tan pública y tan maravillosa. Reconoced vuestro extravío; sólo á vuestra imaginación deben su existencia todos esos prodigios" (1).

Los cristianos, á quienes sin duda hacían esta objeción los paganos, sintieron el peso de ella y recurrieron á su medio favorito, lo falso; era lo único posible que les quedaba: ¿cómo atestiguar quimeras sino con pruebas quiméricas? Pusieron manos á la obra, y muy pronto abundaron los testimonios; obtuviéronse las actas de Pilatos, con más sus cartas á Tiberio; se obtuvo la correspondencia de San Pablo á Séneca, y se obtuvieron las profecías de las Sibilas, anunciando con una precisión sorprendente los milagros, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Desgraciadamente los falsos suponen el reinado de la ignorancia; cuando las tinieblas intelectuales ocupan el lugar de la luz de la razón, los falsos se invocan contra los falsarios, y no queda más tabla de salvación á los apologistas que se respeten en algo que repudiar esa obra de invenciones y atenerse á los testimonios históricos; insisten en lo que los enemigos mismos de Jesucristo, los filósofos, se vieron obligados á confesar, que habia operado un gran número de milagros: Celso lo reconocía, Juliano no lo niega; hé aquí, pues, probados los milagros, y los milagros prueban la revelación.

Freret responde que esas confesiones están muy léjos de ser tan decisivas como se imaginan los cristianos, acostumbrados como están á admitir sin exámen todas las pruebas que creen favorables á su causa. Los Padres de la Iglesia reconocían los oráculos así como los prodigios operados por los taumaturgos; por más que los atribuyeran al diablo, ¿es ésta una razón para creer en el diablo y sus obras? Todo eso no prueba más sino que la credulidad era general. Al confesar los filósofos que Jesucristo habia hecho milagros, no por esto reconocían que fuese Hijo de Dios, así como no reconocían la divinidad de Pitágoras y de Apolo; los filósofos daban escasa importancia á esos prodigios; Celso habla de ellos con un desprecio poco disimulado, sin tomarse siquiera el trabajo

de discutir aquellos que se le atribuían á Jesucristo, porque, según él, no habia hecho nada que fuese superior á juegos de manos que hacen los charlatanes (1). ¡Hé aquí lo que se llama un testimonio en favor de Cristo!

Hume vuelve este testimonio contra el cristianismo, diciendo que los milagros se hacen siempre en tiempos de ignorancia, y que si atestiguan algo es la imbecilidad humana. Un ministro anglicano que toma la tarea de combatir al filósofo escocés pregunta si el siglo de Augusto era una época de tinieblas intelectuales y si los Atenieses y los Romanos eran hombres ignorantes y estúpidos; la respuesta de Leland ha llegado á ser un argumento favorito de los apologistas. ¡Ay! lo mismo es de esta prueba que de todas las demas: no solamente se desvanece cuando se la mira de cerca, sino que arguye contra la revelación milagrosa; si se hubiera operado un milagro en el seno de la Academia de Ciencias, habria tenido ciertamente un gran peso; pero ¿qué autoridad pueden tener prodigios realizados, cuando hasta los filósofos creían en los espíritus y en los encantamientos? ¿Qué probaría que el senado de Roma hubiera creído en la muerte de Cristo, Hijo de Dios, y en su resurrección? Bajo el reinado de Tiberio se contó la fábula más extravagante sobre la muerte del gran Pan, sin saberse quién era el gran Pan, lo cual no impidió que el emperador diese crédito á un cuento que se parece á aquel de la madre del Ganso (2). Los Romanos creían en los Tritones y en las Nereides, y lo más singular es que la existencia de esos seres imaginarios estaba comprobada por testimonios dignos de fe. Envióse de Lisboa á Tiberio una diputación para anunciarle que se habia visto y oído un Triton que saltaba de la concha. El legado de la Galia escribió á Augusto que se apercebían en la costa muchas Nereides muertas (3); ¡hé aquí el siglo de Augusto! Podríamos llenar un volumen de todas las tonterías que los escritores más serios, geógrafos, naturalistas, admitían sin la menor dificultad, invocando, en caso de necesidad, el testimonio de hombres notables que afirmaban haber visto lo que ciertamente no existía. Hay épocas en

(1) FRÉRET, *Exámen crítico de los apologistas* (Obras, t. III, páginas 203-205).

(2) FONTENELLE cuenta esa fábula en la *Historia de los oráculos*, c. 1.

(3) Véanse mis *Estudios sobre Roma*, segunda edición.

(1) FRÉRET, *Exámen crítico del Nuevo Testamento* (Obras, tomo II, p. 178-180).